

## Carta a Ernesto Ottone y Sergio Muñoz Riveros

Ginebra, 23 de septiembre de 2008

**Carta personal de Eduardo Labarca a Ernesto Ottone y Sergio Muñoz Riveros, autores del libro *Después de la quimera* (editorial Debate, Santiago, 2008).**

Sergio y Ernesto, queridos amigos, camaradas de otros tiempos:

Van a continuación algunas palabras personales sobre *Después de la quimera*.

Fue emocionante compartir con ustedes en diversas partes de la obra el "diálogo de sobrevivientes", navegar por esos lugares que otrora recorrimos, por la sede de las Juventudes Comunistas, nuestra Jota, de avenida Matta; Teatinos, templo del Comité Central del Partido; la redacción del diario *El Siglo*, y también visitar nuestros exilios, los retornos, las nuevas actividades de cada cual... Me alegra que al evocar la organización plagada de valores humanos a la que pertenecíamos y nuestra subcultura de entonces, lo hagan con afecto, incluso nostalgia, aunque sin tapujos a la hora del autoanálisis. Qué bueno que recordaran tantos nombres de compañeros caídos cuya mención nos aprieta el pecho.

Percibí el libro como una reflexión a cuatro manos, casi emanada de una sola inteligencia: ¡tan grande es la coincidencia de ustedes en los asuntos de fondo, sin perjuicio de los matices de color, sesgo, estilo! ¿Habría tenido más sabor con una voz

disonante, un abogado del diablo, un interrogador impertinente, un tercero en discordia? El libro es un ping-pong sincopado de recuerdos, opiniones, pinceladas que despiertan la curiosidad por seguir ese razonamiento a dúo desde la crítica al comunismo en dirección a los tiempos ulteriores, los actuales, la incierta perspectiva de futuro, hasta desembocar en el alegato de cierre por una libertad intelectual empapada de duda. La presentación argumentada de la Concertación como un proceso de centroizquierda nacido de la razón y la realidad, encaminado a la construcción de una sociedad desarrollada y de bienestar, ha sido interesante para mí, que he observado los acontecimientos desde la distancia. El de ustedes se suma a otros libros cuya lectura ha enriquecido mi visión de los sucesos de Chile: los de Jocelyn-Holt, Moulian, Felipe Portales, la serie de Ascanio Cavallo, etc. Más allá de la explicación, filosófica incluso, del proceso difícil, doloroso, que los llevó a alejarse del comunismo, yo diría que *Después de la quimera* es el libro que faltaba sobre los fundamentos ideológicos, políticos y económicos de la Concertación y sus gobiernos.

Leyéndolo no he podido evitar cierta introspección. Después de la derrota, ustedes se abocaron a la reflexión y el estudio, mientras yo era mensajero, testigo, *werken*, en un quehacer periodístico centrado en la política contingente. Antes, mis incursiones de "político" en ciernes habían sido desastrosas. Fui candidato a presidente de la FECH por la Jota, en una estafalaria alianza con la Juventud Radical pero sin la Juventud Socialista, con un candidato a vicepresidente que, al menos en política, llegó bastante más lejos que yo: el joven radical Ricardo Lagos Escobar. Perdimos naturalmente. En la Jota me dieron otros puestos, pero no me sentía a gusto. A gusto en cambio estuve en *El Siglo*, en radio —no en la TV, donde las escaramuzas estériles de *A esta hora se improvisa* solían

desestabilizarme– y sobre todo al dirigir el noticiario de Chile Films y en Radio Moscú, especialmente al comienzo.

En los días en que ustedes empezaban a dudar del comunismo y se preguntaban uno al otro si esas dudas se referían sólo a ciertos aspectos o a ¿todo?... ¿todo-todo?, yo le disparaba a Pinochet mañana, tarde y noche a través del micrófono de Radio Moscú.

Lautraro, el protagonista de mi novela *Cadáver tuerto*, recuerda los tiempos en que trabajaba en una radio de onda corta en una ciudad denominada Acullá, en la que algunos lectores han creído reconocer Moscú:

Por mucho que mi cuerpo hubiese llegado a Acullá, mi alma se hallaba anclada en el País martirizado que había dejado atrás y mi retina seguía inundada por las imágenes de la crueldad desatada. De ahí que mis ojos buscaran ávidamente un paraíso y que Acullá, al brindarme una acogida fraterna y ofrecerme los micrófonos de La Radio para fustigar al Tirano, se me figurara una comunidad perfecta, poblada por ángeles de flamante cuño en cuyos corazones los últimos vestigios de la impureza humana estuviesen en vías de desaparición. Esa visión de fantasía anesthesiaba mi capacidad de percibir las huellas de dolores antiguos que tatuaban el rostro ajado y la piel marchita de los habitantes de Acullá y que, bajo la máscara de un supuesto hombre nuevo, delataban al hombre de siempre. Coartada de mi insensibilidad podría haber sido el desconocimiento del idioma local que nunca conseguí aprehender, aunque mis otros sentidos, y especialmente el ojo, podrían haberme revelado muchas verdades. Hoy estoy convencido de que si no hubiese desatendido las señas visibles de esas almas y el lenguaje de esos rostros, cuerpos y ademanes, habría podido descifrar el mensaje que me dirigían las miradas vacías, los muros descalabrados, las calzadas agujereadas de Acullá, los pantalones lustrosos de Ingenuo...

Ustedes dos se habían alejado del comunismo en una decisión racional, ideológica, en cambio a mí el comunismo me abandonó a media tarde en los días en que el PC chileno desapareció de Viena, el muro de Berlín fue derribado y se diluyó la URSS. Suelo decir que soy “el último comunista”, no porque haya seguido siéndolo, sino al contrario,

porque llegué, aunque a desgana, hasta el final. Pero en el instante en que la Unión Soviética se esfumaba entendí que ese proyecto, que yo creyera eterno, había caído por su peso, no por una conspiración de la CIA. El fin del socialismo real en la URSS y en Europa nos dejaba huérfanos. El comunismo había muerto y quien insistiese en llamarse “comunista” corría el riesgo de convertirse en dinosaurio y cualquier intento neocomunista tendría visos de caricatura. A partir de entonces y aunque no nos gustara, el mundo, en globalización galopante, sería capitalista a secas, imperio de bancos y corporaciones mundiales, terreno de exclusiones y contrastes, de crisis, pugnas sociales y luchas políticas de nuevo tipo. Nuestro dilema –el mío, el de tantos– era cómo seguir siendo progresistas y de izquierda en la nueva situación, según el grado que apeteciera a cada cual.

No he olvidado, Ernesto, nuestros desayunos de la cafetería del VIC, el Centro Internacional de Viena, cuando yo aplaudía el atentado contra el dictador y las acciones armadas de los rodriguistas, y tú, en cambio, propiciabas una vía de consensos que tuviera en cuenta la “complejidad del tejido social chileno”. El tiempo te dio más razón a ti que a mí: el Partido Comunista desmanteló el Frente Patriótico Manuel Rodríguez, abandonando a su suerte a muchos combatientes, y el entendimiento amplio de la Concertación terminó por imponerse. En el paisaje postcomunista, el reconocimiento de la existencia de la economía de mercado –no necesariamente neoliberal, como ustedes recalcan– y el alegato a favor de un reformismo que impida el predominio de la ley de la selva tienen su lógica, aunque mi enfoque sea más pesimista. En la novela, Lautraro dice:

Mirando los hechos hacia atrás llego a la conclusión de que el General en Jefe no sólo agredió mi cuerpo y a mis seres más cercanos con los métodos extremados de sus oficiales de inteligencia, sino que al bombardear el Palacio Presidencial y empujar a Nuestro Presidente al suicidio pulverizó mi sueño de participar en la construcción de la utopía en el País. Aunque más que utópicos –de la esencia de la utopía es ser inalcanzable– éramos milenaristas: pretendíamos hacer parir la Historia saltando sobre su vientre de chancha preñada para instaurar mil años de felicidad en la Tierra que sería “el paraíso de toda la humanidad”, según rezaba nuestro himno de combate. ¿Era viable nuestra fórmula para acabar con las terribles injusticias del planeta? El devenir de nuestro País y del mundo parecería decirnos que no. Gracias al General en Jefe –o por desgracia– los revolucionarios de entonces hubimos de asumir nuestra impotencia y hoy oscilamos entre quienes sostienen con la bandera al tope que teníamos razón y que fue el mundo el que se equivocó, y los que, habiendo arriado el estandarte revolucionario, creen que la humanidad globalizada avanza por el mejor de los caminos y que los equivocados éramos nosotros. Entretanto, tratamos de mantenernos a flote como víctimas o beneficiarios de la sociedad de mercado, o como abogados vergonzantes de cambios al dos por ciento, cuando no derivamos hacia el terrorismo, los secuestros o el narcotráfico.

La libertad personal que me cayó encima cuando el Partido se alejó de mí no me trajo angustia, más bien serenidad. Con esa libertad y sin militancia en organización alguna me quedé a la orilla del camino y salí en procura de mi destino de creador-escritor –bueno o malo, el tiempo dirá– que es una senda sin ataduras. Desde esta libertad total-total –tú, Sergio, la has vivido como poeta– miras el mundo desde tu atalaya y cuando escribes eres dueño de la palabra y de la trama, creas y matas personajes, te sacas un verso de detrás de la oreja: en tu obra eres Dios. En apariencia, al menos, mi libertad es más fácil que la de ustedes, que han asumido responsabilidades públicas o semipúblicas: tú, Sergio, como jefe de redacción de un medio de prensa durante más de diez años; tú, Ernesto, en el corazón del poder. Pero el camino que he elegido es de soledad y entraña una responsabilidad de otra índole, absoluta, hacia los lectores,

destinatarios de la obra a la que consagras tu vida. Por cierto, esta postura no me inhibe para pronunciarme y actuar según mi conciencia respecto de los sucesos de mi país.

La identificación de ustedes con la Concertación, esencial, afectiva incluso, pero asentada en un razonamiento complejo, ha sido interesante para mí. Me ha gustado que al exaltar el proyecto concertacionista como el más conveniente y viable para esta etapa, no pretendan atribuirle valores absolutos. Otros aspectos gratos del libro han sido la apertura al debate de ideas y la invocación final del pluralismo. La última palabra del texto está, por su nobleza, bien elegida: “modestia”.

Parecería que en política, que es un arte de lo posible, la búsqueda de la quimera tuviese dos caras: puede ser fructífera o acarrear resultados catastróficos, como la experiencia chilena que ustedes analizan. Mayo del 68, un movimiento de metas imposibles, ayudó al avance del mundo más que muchos discursos sensatos. Pero la catástrofe, cuando penetra como el huracán tierras adentro, también puede a la larga –¡trágico es reconocerlo!– tener, tras la desolación, efectos fecundos...

Amigos, camaradas, no sé qué me pasó que he hablado tanto de mí mismo, en circunstancias que se trata del libro de ustedes. Será que me hizo pensar. Con él he aprendido más de algo y he pasado a albergar dudas nuevas, lo que es buena noticia.

Vaya un abrazo en duplicado de

Eduardo “Guayo” Labarca